

ELOÍSA.—(*Mirándola, sospechosa.*) ¿No habrás sido tú, verdad?

LIZI.—No, yo no, nunca grito tan horrible; parecía que mataban una vaca. Y con tanto argüende no me dejan dezcanzar. (*Asomándose al hall.*) ¡Huy, la gente está de pura variedad, tú!

ELOÍSA.—Sigfrido, ¿qué tomó la niña?

LIZI.—(*Aventándose contra el barandal.*) Rompo-pe... ¡hip!

ELOÍSA.—¿Qué sabes de esta envoltura?

LIZI.—¿Tenía un polvorón dentro?

ELOÍSA.—¡Sí, dime dónde está, es un pancake rosadito! ¿Dónde lo pusiste?

LIZI.—¡Ah!, era panqué... Con razón no me guztó, zavía ezpantozo.

ELOÍSA.—¡Qué! ¡Ay, no! Si lo escondí bien alto.

LIZI.—Yo lo encontré tirado en el *ladiez bar*.

ELOÍSA.—No, si estoy fichada. ¡Qué voy a hacer ahora para que no me persigan las moscas!

LIZI.—Yo que tú me bañaba.

SIGFRIDO.—(*Despectivo.*) Señora, me sería a bien advertirle que la malvada escuintla ha estado echando porquerías para abajo a los invitados, y que si usted no tiene ningún inconveniente, me deje encerrarla.

ELOÍSA.—(*Furiosa.*) ¡Ven acá! ¡Cochina! (*Le da un manazo.*) Tienes a Luchy como loca.

LIZI.—Ella ziempre... (*Esconde las manos en la espalda ocultando algo.*)

ELOÍSA.—¿Qué llevas en la mano?

LIZI.—Nada.

ELOÍSA.—¿Cómo nada? (*Le arrebató un frasquito.*) ¡Qué!... ¿Has sido capaz?

LIZI.—Lulú ya no nezezita zu apéndice.

ELOÍSA.—¡Ay, no me digas que lo arrojaste a la concurrencia!...

LIZI.—No, zi tú lo quierez de recuerdo lo puezes ir a zacar de la ponchera.

ELOÍSA.—(*Confusa.*) ¡Vete a dormir! Prefiero que me las pagues mañana. (*Sale LIZI.*)

SIGFRIDO.—¿Y no le va a dar una buena tunda?

ELOÍSA.—No sea incomprensivo, sólo es una nena de cuatro años.

SIGFRIDO.—Huy, yo le calculaba sus catorce.

ELOÍSA.—Es que está muy sana.

SIGFRIDO.—¡Es el colmo! Hasta la niña le tiñen el pelo y le bajan la edad.

LUCHY.—(*Únicamente su voz.*) ¡Sigfrido, vaya usted a ver quien está armando desmanes en la puerta!

SIGFRIDO.—(*Se asoma al balcón.*) ¡Híjole!... ¡Ya se robaron el zaguán! (*Sale.*)

ELOÍSA.—¡Gato alzado! En mis tiempos los criados nunca opinábamos. Él y la guanzarota de su vieja me hubieran visto a mí hace algunos años; en la mañana, bañaba a los niños, en la tarde a los perros y los cepillaba, y en la noche peinaba a la duquesa. Y fuera de mis dobles sentidos, jamás insinué nada. ¡En cambio a Luchy la corrieron por usar la ropa de la vieja!

ESCENA III

ELOÍSA y EL REBELDE. Después LULÚ. Al final, LUCHY.

ELOÍSA.—Y tú ¿qué haces?

REBELDE.—Nada...

ELOÍSA.—¿Por qué no bailas?... ¿Te aburres?

REBELDE.—Pues... ¡puro adefesio!

ELOÍSA.—¿Y Lulú?

REBELDE.—Es su fiesta ¿no? Oiga, tráigame un whisky.

ELOÍSA.—Así me gusta. (*Sale. LULÚ entra por el otro lado.*)

LULÚ.—¡Ah!, eres tú.

REBELDE.—En la mañana te dije que quería hablarte muy seriamente.

LULÚ.—Me estaba bañando. ¿Qué era muy importante? No pude asomarme enjabonada.

REBELDE.—Sí. ¿Te sientes mejor?

LULÚ.—Yo pensé que eso a nadie le interesaba.

REBELDE.—¡A mí, sí! Desde que te operaron estoy preguntando por ti. Bueno...

LULÚ.—¿De veras?

REBELDE.—Sí.

LULÚ.—¡Estaba tan triste!... A nadie le preocupan los demás; todos querían que me aliviara sólo para venir a mi fiesta. Las gentes son muy egoístas, no les importa nada.

REBELDE.—No digas eso, nosotros estábamos muy preocupados por ti.

LULÚ.—Bueno es que yo siempre me ando fijando en cosas que los demás no ven porque no les dan importancia y que, a pesar de todo, a mí me entristecen y no puedo olvidarlas. Quisiera ser como todos, vivir feliz, pero no entiendo cómo es que se divierten tanto si en el fondo están tan solos como yo.

REBELDE.—¡Si tú no estás sola!...

LULÚ.—Es que soy muy débil y me siento perdida entre una muchedumbre que no entiendo. Ni siquiera cuando salí de la sala de operaciones se acordó nadie de mí. Y mi cuarto estaba lleno de visitas que fumaban, hablaban, bebían y jugaban a las cartas. Se sentaron hasta en mi cama, las condenadas. Era inútil que gritara para que se salieran. Nadie me oía, como si no existiera.

REBELDE.—Pero tú existes, y eso es lo que vale.

LULÚ.—¿Vale para quién?... Ahorita mismo, te apuesto que acabando de bailar mi vals, los invitados se olvidarán de quién soy, y si me reconocen, les quedará la duda de dónde me han visto; son puros extraños para mí. Mi abuela invitó hasta unos albañiles...

REBELDE.—¿Y para qué quieres que tantas personas sepan quién eres? ¿No te das cuenta que las gentes grandes no toman nada en serio?

LULÚ.—Tú tampoco tomas nada en serio.

REBELDE.—A veces yo también pienso en el valor de las cosas, como tú. Sólo que no pido que los demás lo hagan también. Por eso los dejo creer que a mí tampoco me importa. Después de todo, la vida es muy bonita como es.

LULÚ.—Pero también hay cosas feas.

REBELDE.—No, esas no existen. Mira. (*Señala hacia la calle.*) Asómate, busca y dime si encuentras siquiera una.

LULÚ.—(*Asomándose.*) Es verdad, sólo hay nubes, estrellas, moscas, gatos, ratoncitos y agua en las fuentes.

REBELDE.—Y gallineros en las azoteas, y tinacos llenos de agua también.

LULÚ.—¿Por qué pensaste en tinacos?

REBELDE.—Siempre me baño en el que tenemos arriba de mi edificio de departamentos. Después acostumbro asolearme entre los tendederos de la ropa.

LULÚ.—¿Y desde aquí se ve tu casa?

REBELDE.—Sí, está en aquel edificio grandote.

LULÚ.—¿Y te enjabonas diario?

REBELDE.—No, me sale urticaria con los detergentes.

LULÚ.—¡Ah!... Mira, también hay flores en los jardines.

REBELDE.—¿Sabes? Viéndolo bien nunca me había importado nada de eso.

LULÚ.—¿Entonces?

REBELDE.—No sé. Es algo que me hace sentir interés por todas las cosas...

LULÚ.—Yo también estoy sintiéndolo.

REBELDE.—¿Tú también?

LULÚ.—Antes no hubiera creído que había tantas cosas por las que vale la pena vivir.

REBELDE.—¿Cosas como nubes y estrellas y como la luz de la luna? (*Ambos se asoman al balcón.*)

LULÚ.—¡Ay, no hay luna!

REBELDE.—¡Pero estás tú!

LULÚ.—¿Yo?

REBELDE.—Sí.

LULÚ.—Si no significo nada...

REBELDE.—Tampoco el rock and roll. (*Se miran un instante.*)

LULÚ.—Tú siempre me has caído bien.

REBELDE.—¿De veras?

LULÚ.—Sí, tienes tu personalidad; sabes elegir el refresco que te gusta. (*Hay una pausa. LULÚ vuelve al mezzanine.*)

REBELDE.—¿Ya te vas?

LULÚ.—Sí, me acordé que tengo que bailar el vals.

REBELDE.—Espera, vamos a ponernos a gatear, ¿sí?

LULÚ.—¿Como bebés?

REBELDE.—Sí, mi mamá nunca me dejó hacerlo de chico. (*La toma de la mano y los dos gatean un momento sobre el suelo.*)

LULÚ.—Si me ve mi abuelita va a pensar que estamos locos. (*En ese momento entra LUCHY.*)

REBELDE.—¿Por qué? Si el otro día anduve a gatas con ella. (*LUCHY al verlos se esconde para no ser descubierta. LULÚ ríe y ambos se miran fijamente.*) Lulú, ¿quieres que tú y yo... bueno, me entiendes?

LULÚ.—¿Novios?

REBELDE.—Sí, pero no lo digas.

LULÚ.—¡Mhu!...

REBELDE.—¡Fíu!... voy a tener que acostumbrarme. (*Se levanta.*)

LULÚ.—(*Levantándose también.*) ¿Y ya te vas tan pronto?

REBELDE.—Sí, tengo que acostumbrarme poco a poco. (*Sale rápidamente. LULÚ desde el barandal lo*

mira salir. Abajo tocan una música romántica. Luego se va ella también.)

ESCENA IV

Sale LUCHY de su escondite y regresa ELOÍSA con su high ball. Después, el MARQUÉS.

ELOÍSA.—¡Luchy, ay qué bueno que te encuentro!

LUCHY.—(*Absorta.*) ¡Dios mío! ¡Dónde estará el Marqués de Garras!... Ya debía de estar bailando el vals. (*Llamando.*) ¡Ray! ¡Ray!...

ELOÍSA.—¿Ray?

LUCHY.—Raimundo. (*Sale el MARQUÉS del baño.*)

ELOÍSA.—¡Huy, a usted siempre lo agarramos como al Tigre de Santa Julia!

LUCHY.—Marqués, en mi carnet aún no le he apuntado a usted ninguna pieza...

MARQUÉS.—¡Qué descuido el mío! Quisiera no ser tan tímido para pedirle que me admita como su pareja toda la noche.

LUCHY.—Con un compañero así me gustaría estar no una noche, sino toda la vida.

MARQUÉS.—¡Luchina!...

LUCHY.—¿Aceptarías tú, Ray?

MARQUÉS.—Luchina, casi te me estás declarando... (*Retrocede.*)

ELOÍSA.—Ay, mana, no puedes estar en plan de dama.

LUCHY.—Eloísa, tráenos dos cocteles, ¿quieres?

ELOÍSA.—¿Cocteles?

LUCHY.—(*Frotándose las manos.*) Sí, ¿qué tiene de raro? (*ELOÍSA sale. LUCHY se sienta invitando al MARQUÉS a que se acerque.*) ¿No te has dado cuenta de que tienes algo especial que me atrae?

MARQUÉS.—¿Muy especial, dices?

LUCHY.—Sí; tu título aristocrático... Oye, Ray, ¿tú nunca has sentido ganas de gatear?

MARQUÉS.—Pues depende de la persona...

LUCHY.—(*Sin resistir más.*) ¡Nos casaremos!... Bueno, si tú quieres. Nos casaremos a la de tres, y mis millones no tendrán para cuando acabarse.

MARQUÉS.—¿Tantos son?

LUCHY.—No, es que desde ahora viviremos de los tuyos.

MARQUÉS.—¡Hum!... ¿Y si se acabaran?

LUCHY.—Trabajarías para mantenerme. (*El MARQUÉS se sienta y LUCHY se arrodilla.*) Iremos a España, a un palacio medieval sobre un risco que vi en Castilla. Y allí, los dos, con nuestra corte de nobles rentaremos cuartos a los turistas gringos, les cambiaremos baratijas y cuentas de cristal por plata... y hasta les organizaremos corridas de toros en las que podrán lazarlos desde helicópteros... ¡En el puente colgante pondremos un letrero de coca cola! ¡Oh, Dios mío, mi sueño parece realizarse!... ¡Que dos artistas esculpan nuestras efigies! A lo mejor pasamos a la historia y nos entierran en El Escorial. Ahora eso no sería difícil... (*Suena el vals en la sala.*)

MARQUÉS.—¡El vals!... (*Sale corriendo y LUCHY lo sigue. Pero en seguida ella se detiene un momento como queriendo recordar algo, y luego se recarga en el barandal, adoptando la misma pose que vio hacer a LULÚ en la escena anterior.*)

ESCENA V

LUCHY, LIZI, UNA ROTA CUALQUIERA, ELOÍSA, SIGFRIDO y el MARQUÉS.

Baja la luz y sube la música del vals. LUCHY sale como si volara y las luces de colores se encienden y

se apagan siguiendo el ritmo de la música. Hay aplausos, ovaciones, vivas, bravos y olés. Después la orquesta toca diferentes melodías que hacen contraste, dando la impresión de que la fiesta ha continuado, mientras arriba LIZI entra y lanza a la concurrencia todo lo que tiene a mano. De pronto hay una conmoción y suenan gritos y voces.

VOCES.—¡Auxilio! ¡Un león!... ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Ay! ¡Aguas! ¡Mamacita!... (*Se oyen los rugidos furiosos de un león, se apaga la luz y hay una gran trifulca. Varias sombras sigilosas pasan por el mezzanine. Después vuelve la luz y ya sólo se oyen quejidos y lamentaciones. UNA ROTA CUALQUIERA, vedette del Chicago Blossom, con un vestido entallado rojo muy insinuante, sube por las escaleras. Es una gringa muy agradable y habla algo de español.*)

UNA ROTA.—¡Please!... ¡Please!... Denme mi cosa. (*Al oír unos quejidos como de alguien amordazado, abre la puerta del baño, quedando muy sorprendida.*) ¡Oh!... ¡Mrs. Millones! ¿Qué tiene?

LUCHY.—(*Aparece amarrada con el pelo enmarañado y casi desnuda. Ayudada por la gringa logra soltarse.*) ¡Thank you! (*Cubriéndose con una toalla sale gritando.*) Oigan ¿dónde se metieron? ¡Esto no iba en el plan!... ¿Dónde están ellos?

UNA ROTA.—¿Ellos?... ¿Quiénes?

LUCHY.—(*Muy adolorida.*) Deben estar en la biblioteca.

UNA ROTA.—¡Oh, God!, me robaron mi calendario azteca.

LUCHY.—¡Tampoco eso estaba en el plan!

ELOÍSA.—(*Entra atropelladamente.*) ¡Me robaron mi corona de plástico, Luz! ¡Fue un enmascarado!

SIGFRIDO.—(*Entrando.*) ¡Señora, esto fue un atraco! Se han ido ya.

LUCHY.—¡No!...

ELOÍSA.—Sí, fue una banda... Se robaron bolsas,

joyas, sombreros, zapatos. Entre los invitados hay personas en traje de Adán.

SIGFRIDO.—¡Y ya están llamando a la policía!

LUCHY.—¡No, a la policía no!... ¡Voy a ir a dar a las Islas Mariás!

ELOÍSA.—¿Y tú por qué?

LUCHY.—¡Fue plan mío! Era una sorpresa, pensé que iba a estar de mucho ambiente y de lo más original.

UNA ROTA.—¡Oh, es una guasa! (*Muy contenta va al barandal y grita llamando la atención de la frenética concurrencia.*) ¡Ey!... ¡Todos! ¡Es una guasa! *¡It was a good joke!...* (*La gente grita irritada.*)

SIGFRIDO.—(*Tapándole la boca a la gringa.*) ¡Cállese, que no se enteren!

ELOÍSA.—¡Caifás con todas las cosas!

LUCHY.—¡Cálmense!... Sigfrido, ¿está seguro de que los ladrones no me aguardan en la biblioteca?

SIGFRIDO.—¡No!

LUCHY.—¡Mi pectoral de esmeraldas!... (*Cae desmayada.*)

ELOÍSA.—Pero, ¿quiénes?

SIGFRIDO.—Unos cirqueros que contrató doña Luchy para efectuar el falso robo.

ELOÍSA.—¿Cirqueros? ¡P'a bromitas, mana! Con razón hasta un león nos echaron.

LUCHY.—(*Levantándose.*) ¡Auxilio!... ¡Policía!...

ELOÍSA.—Qué ondas te entran.

SIGFRIDO.—Pensábamos devolver las cosas a la salida de la fiesta.

UNA ROTA.—¿Entonces mi calendario azteca?... ¡No!

LUCHY.—¡Ladrones!... Esto no se queda así... ¡si ya merito me encueran!

ELOÍSA.—¿Y tu vestido?

LUCHY.—Traía mis joyas con armazón de cadenas por dentro. Me las arrebataron a la malagueña con

todo y combinación. ¡Mis sabuesos, Sigfrido, . . . hay que seguirles el rastro a esos rateros!

MARQUÉS.—(*Entrando.*) ¡Luchina, los huéspedes están destruyendo la casa! . . . ¡Lo mejor será huir!

UNA ROTA.—¡Marqués de Garras! . . .

MARQUÉS.—(*Sonrojándose.*) ¿Tú aquí?

LUCHY.—¿La conoces? . . .

MARQUÉS.—Pues . . .

UNA ROTA.—¡Claro! . . . estamos comprometidos; sólo espero que se amarre a una vieja loca estrafalaria para mandarla al manicomio y botarnos *the money* en las Vegas.

LUCHY.—¿Ah, sí? . . . Ahora me explico por qué la lumbre del cigarro se me iba chueca. Ya me latía que me estaban jugando cubano.

MARQUÉS.—¡No es cierto, Luchina! ¡Miente con toda su cara! ¡Es sólo una bailarina del Chicago Blossom!

UNA ROTA.—¡Eso sí! (*Dando un pequeño bailecito que entusiasma a SIGFRIDO.*) Soy la segunda de derecha a izquierda y tengo un lunar en la espalda. El Marqués de Garras . . . ¡palabra! . . . *is a good boy.*

ELOÍSA.—¡De garras . . . por lo que agarras!

MARQUÉS.—(*A punto de patear a la ROTA.*) ¿Y tú cómo viniste a dar aquí? . . . ¡Echaste a perder el pastel!

UNA ROTA.—(*Señala a LUCHY.*) ¿Era ella el pastel? . . . ¡Oh, no! . . . Pues a mí me invitaron a la salida de la *boite de nuit*; yo siempre jalo parejo. (*Muy nerviosa.*) *Well*, mis amigas me esperan abajo. *Bye Mrs. Millones. I'm sorry* (*Al MARQUÉS.*) *So long, honey. (Se va.)*

MARQUÉS.—¡*So long!* . . . (*A LUCHY.*) Luchina, no irás a tomar esta aventurilla en serio; acuérdate de nuestros planes monumentales: viajes, la nobleza . . . (*Se arrodilla donjuanescaamente.*)

LUCHY.—¿Qué piensas, Eloísa?

ELOÍSA.—Pues mira . . . ¡la nobleza a nuestros pies!
(*Le pone al MARQUÉS un pie encima.*)

LUCHY.—Sigfrido, lance a este lépero por la ventana.

MARQUÉS.—¡Eso no puedes hacérmelo! Te demandaré por prácticas oscuras. He visto cómo invocabas a Lucifer mientras bailaban hawaiano junto al horno de la basura encendido . . . Y me has dado martirios durante un mes.

LUCHY.—¡Mentira! Ni que anduviera de ociosa . . . Cualquiera podrá comprobar que los potros y los suplicios medievales que guardo por *hobby* en los sótanos y mazmorras de mi palacio no han sido usados para nada.

MARQUÉS.—¿Y el muñequito con tocado de Napoleón? ¡Me vas a negar que practicas la brujería!

LUCHY.—A leguas se nota que te has dedicado a fisgonearme.

ELOÍSA.—¡Ay, mana!

MARQUÉS.—Si quieres salvarte de que hagan contigo un castigo ejemplar, tendrás que casarte conmigo. Sólo así no diré nada.

LUCHY.—¡Es el colmo! ¡La manera que buscan para obligarla a casarse a una! Lo siento, Raymundo; pero seguramente ignoras que aquí pasó la Inquisición hace mucho y la brujería es cosa de moda. ¡Ahora venden hasta estuches caseros con magia negra! . . .

MARQUÉS.—Pero yo tengo testigos que han visto cómo le clavas alfileres a ese muñeco para hechizarme.

LUCHY.—¿A ti? . . . Sépanse que no es uno solo, son varios monigotes.

MARQUÉS.—¡Huy no!

LUCHY.—Los tengo dedicados a una familia oriental que se ha apoderado de uno de mis rascacielos y no hay modo de echarlos por las buenas . . . (*Con*

énfasis.) ¡Para casarme tengo mejores medios que la brujería!

MARQUÉS.—Pues yo compré una changa de peluche y te la tengo dedicada.

ELOÍSA.—Ay, ¿una mona?

MARQUÉS.—Se llama Luchina, y en venganza le he ido quemando los pies como a Cuauhtémoc.

LUCHY.—¡Qué horror!... ¡Una vulgar changa!... ¡Sigfrido, mis sabuesos!...

MARQUÉS.—(*Muy enamorado.*) ¡Luchina!...

LUCHY.—(*Indiferente.*) A ver si con ellos les damos alcance a los ladrones.

SIGFRIDO.—¡Están durmiendo, se enojarán!

LUCHY.—¡Usted sáquelos de la perrera! (*Sale llevándose a SIGFRIDO por delante.*)

MARQUÉS.—¡Luchina!... (*Sale tras ella y se van todos.*)

ESCENA VI

LIZI y LULÚ

Queda la escena sola. En la calle suenan los ladridos de los sabuesos. Luego se oye una sirena de policía y gritos. LIZI entra corriendo y se asoma a curiosear al balcón. El sonido de la sirena indica que ésta se aleja y hay un momento de calma. Entra LULÚ, desconcertada.

LULÚ.—¿Qué pasa, Lizi?

LIZI.—Llegó la patrulla y loz policíaz ze llevaron a toda la bola.

LULÚ.—Y mi abuelita, ¿dónde está?

LIZI.—También ze la jaló la chota; pero ya vez, con ella o loz zueltan o ze ezcapan. Y a lo mejor jalan con el juez.

LULÚ.—¿Estamos solitas?

LIZI.—¡Ay, zí, qué bueno! Tengo ganaz de bajarme a comer laz galletaz y dulcez que zobraron.

LULÚ.—Cuando empezaron a gritar, salí corriendo. ¡Creí que se había quemado la casa!

LIZI.—No, fue un buen puntacho de mi tía Luz.

LULÚ.—¡Ay, qué susto!

LIZI.—Zabez, creo que zí vaz a zalir en el periódico mañana. Yo oí a un zeñor de la prensa que decía que iba a poner la noticia en letraz grandez. Tomó muchas fotoz de toda la caza, y a mí me tomó una en camizón.

LULÚ.—¡Qué raro!

LIZI.—¿Verdad?

LULÚ.—¿Ya te vas a dormir?

LIZI.—No, voy a comerme algo. (*Sale. En la calle suena un ruido de una motocicleta que se detiene y luego un chiflido. LULÚ se asoma al balcón.*)

LULÚ.—¿Sí?

REBELDE.—(*Su voz desde la calle.*) ¡Lulú! Sabes, yo creo que ya me estoy acostumbrando... (*Suena de nuevo la motocicleta alejándose, y LULÚ, sonriente, la ve irse mientras cae el telón.*)

ULTIMOS HECHOS

LA DESPEDIDA

Después del estreno de *Los quince años de Lulú*, todos los miembros del grupo teatral nos encontramos con distintos deberes y responsabilidades que cumplir, por lo que nos quedó muy poco tiempo libre para dedicarlo a nuestras aficiones artísticas. De tal manera que en los dos años siguientes sólo pudimos torturar al vecindario con la puesta en escena de tres cuentos más,¹ ya que otras obras que comenzamos a ensayar tuvieron que ser suspendidas, despidiéndose así del público nuestra compañía teatral de aficionados.

MI PRIMER LIBRO

Las versiones originales de aquellos dramas inocentemente agresivos, transmitidos por el canal 5 de televisión, salieron a luz en 1961 en un pequeño volumen titulado *Relatos de un estudiante*, cuya edición fue muy bien recibida por el público y la crítica² y se halla agotada en la actualidad. El mismo año, se dio lectura a mi obra *Como las lianas*, en la clase de Iniciación a las Investigaciones Lite-

¹ *La casa de maridos*, *Instantes contados*, y *El caso de la vecina del tres*, representados en enero y febrero de 1962. Comentados en el periódico *Excélsior*, 4 de febrero de 1962, y en el periódico *El Universal*, 15 de febrero, 1962.

² "Multilibros", por Francisco Zendejas, periódico *Excélsior*, 13 de agosto, 1961. "El libro de hoy", por Bibliófilo, periódico *La Prensa*, 15 de agosto, 1961. "Los libros al día".

rarias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.³

LOS NUEVOS VALORES GENIALES DE NUESTRO ARTE ESCENICO.

En nuestra Universidad todo mundo hace teatro; basta con colgar una sábana vieja a manera de telón, y hasta sin colgarla, para que cualquiera se sienta artista. Durante los minutos libres que hay entre clase y clase es necesario abrirse paso a codazos en los pasillos y jardines por encima de impresionantes pedigüños, exaltados líderes y bohemios impulsivos que pretenden, respectivamente, obligar a los pocos estudiantes a dar caridad, a apoyar una causa dudosa y, lo que es peor, a asistir a intolerables representaciones de toda clase de obras... teatrales.

No es necesario detallar cómo estos "geniales" artistas en formación se adulan políticamente entre ellos mismos, inflándose cada quien como la rana de la fábula, y no bajando ya de su pedestal de reyes desdeñados, en espera interminable de aplausos y gloria.

TEATRO EN UN ACTO

Al pasar el tiempo, varios amigos de la Universidad nos reunimos con la intención de hacer un grupo

por Salvador Reyes Nevares, periódico *Novedades*, 20 de agosto, 1961. "Ciclorama", por María Luisa Mendoza, revista *Hoy*, 2 de septiembre, 1961. "Publicaciones recientes", por J. C. periódico *El Universal*, 17 de septiembre, 1961. "Libros de nuestros tiempos", por Pedro Gringoire, periódico *Excelsior*, 27 de octubre, 1961.

³ Fue comentada en los periódicos *La Prensa* y *El Universal*, 27 de octubre de 1961; por Esteban Ponce Adame, periódico *El Universal*, 1 de noviembre, 1961 y en el periódico *La Afición*, 1 de noviembre de 1961.

artístico experimental en el teatrillo de la colonia Nápoles. Se designó a varios coordinadores para que dirigieran la bien intencionada empresa, y se decidió con gran entusiasmo ayudar a una persona que se iniciaba en el terreno del teatro y había obtenido la traducción al castellano de varias obras editadas en francés. Era ésta una mujer.

Pronto comenzamos los ensayos, invitando a participar en ellos a artistas profesionales, algunos de los cuales habían aparecido dos años antes en mi programa de televisión. Y así surgió una compañía que llamamos "Teatro en un Acto", ya que las dos obras⁴ que se iban a representar eran en un solo cuadro.

LAS DIVAS Y LOS REBELDES

El teatrillo se vio concurrido por actrices y actores "de verdad". Las populares divas, fueron apoteósicamente recibidas por el vecindario.

Mientras tanto, los rebeldes, celosos y ofendidos de que los echáramos de los ensayos, volvieron a la cafetería de costumbre, se sentaron en la misma posición y hablaron del mismo tema que la última vez que los había visto yo, años antes. Sólo que ahora, todos ellos, víctimas de la propaganda y de la moda, estaban en transición a existencialistas, y habían dejado caer de su pedestal la imagen de James Dean para colocar junto a la cabecera de sus camas *La náusea*, de Jean Paul Sartre, convertida ya en su nueva Biblia. Y, en lugar de seguir usando sus chamarras de nylon rojas, botas negras con cadenas y melenas rizadas, ahora hacían gala de unas desordenadas barbas y lucían, angustiados, las uñas de los

⁴ *El difunto*, de René de Obaldía y *Picnic en el frente de batalla*, de Arrabal.

pies entre las trabas de unos guaraches, lo que le daba al café un aire muy intelectual. Cada uno de ellos, consciente del absurdo de su existencia, sobrellevaba con resignación su *náusea* particular, mirando pasar la vida con la misma actitud que antes cuando, para beber su refresco predilecto, se sentaban en la banqueta de cualquier miscelánea.

MI PRIMER FRACASO

Finalmente, después de una gran promoción publicitaria y tres meses de arduos ensayos (pues los actores profesionales, que algo malo presentían, desertaban continuamente y era necesario volver a empezar con los suplentes), llegó el día del estreno.⁵ Varios elementos de la antigua compañía teatral de aficionados fueron llamados para que se hicieran cargo de la tramoya, efectos de sonido, cambios de luces y del telón.

Como la entrada era libre, hicimos el estreno en forma privada para ciertas gentes que no debían rozarse con la multitud, que seguramente estaba ansiosa de aplaudir tan grande labor. Así comenzó la función.

Sin embargo, durante la semana que duró el espectáculo, ni los críticos, ni el México culto, ni los estudiantes, ni el exigente público de la colonia, invitado gratuitamente, se ocuparon debidamente del infortunado "Teatro en un Acto", y hubo días que ni siquiera las criadas y albañiles se dejaron seducir por nuestros ruegos para atraerlos. De esta forma fracasó inmerecidamente nuestra tentativa de hacer teatro de vanguardia.

⁵ Nota en "Cámara", por Lumiere. *Excélsior*, 11 de noviembre, 1962.

LA CARBONERÍA

Las desinteresadas actrices (ninguna cobraba sueldo) sentían en su interior que algo marchaba mal y bebían tequila y gritaban para desahogarse, encolerizándose por cualquier insignificancia y culpando inconscientemente a todo el mundo de tan penoso fracaso, cosa que aún se negaban a reconocer. Pronto los camerinos, por una de esas extrañas coincidencias, recibieron el título de "La carbonería".

No había momento en que los muchachos encargados de las tareas técnicas de luz y sonido no recibieran insultos e injurias por parte de ellas, de la directora y hasta de sus distinguidas amigas; pero los muchachos, sin ninguna consideración, se negaron a seguir soportándolas. De manera que les arruinaban la función cambiándoles las luces, trabándoles el telón, anticipándoles la música.

LAS ESCARAMUZAS

A los trastornos anteriores vino a sumarse uno más. Los rebeldes de la colonia, resentidos, decidieron vengarse de los intrusos que venían a aprovecharse del prestigio que había alcanzado su anterior Club X y que los hacían a ellos a un lado. Contra la propaganda en pro de la instauración de una dictadura del proletariado, unas veces, y contra los alardes de blasones y títulos de nobleza que constantemente pregonaban los artistas, otras, lanzaban los rebeldes burlas soeces durante la función y a la salida del teatro, amén de golpear nuestros carros, pincharles las llantas, romperles los limpiadores y cubrirlos de inmundicias y letreros ofensivos. Sólo la estricta vigilancia que montaron los coordinadores impidió que nos cayese una lluvia de jitomates en plena escena.

EL FIN

La disolución del flamante grupo teatral formado parecía precipitarse; como en todo organismo en descomposición, comenzaron a surgir los pleitos interiores. Unos se quejaban de que se les robaba la escena, otros de que se les robaba algo distinto a la escena, y alguno más protestaba porque otro irrumpía en el foro tambaleándose. En fin, parecía que cada uno obraba impulsado por una fuerza destructora que venía a liquidarlo todo. Para colmo de males, hasta un acogedor refugio donde hallábamos solaz y pasábamos veladas estupendas para consolarnos de nuestra desesperada situación, fue clausurado por las autoridades. Se trataba de una especie de tienda oriental, donde las actrices de la compañía preparaban un café exquisito (cosa que hacían de maravilla), al que habíamos bautizado con un sugestivo título en honor de una de ellas.

Finalmente, viendo que eran inútiles todos nuestros esfuerzos, optamos por acabar con la temporada y cambiar la dirección ingenua que, con pretensiones de sensacionalismo, le habíamos dado al grupo en un principio, habiéndonos convencido de una vez por todas de que tanto afán publicitario era muy apropiado para un teatro comercial, pero ineficaz para un laboratorio experimental de jóvenes.

Los actores, apenas conocieron la buena nueva, huyeron precipitadamente, lo que les valió que se salvaran de un aparatoso asalto que los rebeldes hicieron al teatro, con lo cual, y unos insultos lanzados de pasada contra el vecindario, culminaron las represalias iniciadas anteriormente, celebrando así las fiestas de fin de año.

LA PUBLICACIÓN

Siempre animé el deseo de sacar a luz los cuentos ya representados a título de ensayo en nuestro *teatro de papel*. En este volumen se encuentran las tres comedias que tuvieron más éxito y la descripción burlona, hecha posteriormente, de los actores que las interpretaron, las personas que las inspiraron, vecinos que las juzgaron y hasta de gentes que pasaron por la calle durante una época de clubs, teatro e inquietudes en un barrio de clase media, plagado de puritanos, rebeldes, paracaidistas, aristócratas, revolucionarios, existencialistas, comunistas, etc., en esta ciudad de México, precisamente a mediados de este inquieto siglo xx.

31-XII-1962.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO	VII
INTRODUCCIÓN	1
MI PRIMERA COMEDIA	5
La colonia Nápoles y la iglesia de San Antonio en 1946	7
Los colonos se adaptan; el medio sucumbe	8
La calle de Milwaukee	8
Las costumbres más arraigadas en la comunidad	10
Ambiente de teatro	11
El pequeño teatro de papel	12
Vicky	13
Mi primera comedia	15
Los ensayos	15
El estreno	16
Se abre el telón	18
La experiencia	19
Una época de teatro infantil	20
¿QUÉ ESPERAS PARA SALIRTE, VECINA?	21
Acto primero	27
Acto segundo	36
Acto tercero	48
Acto cuarto	57
HISTORIA DEL TEATRO DEL CLUB X	67
Un club casero	69
La pandilla	69
Ni los rebeldes se salvan de hacer clubs	70
La historia de los Escorpiones	71
El teatro del Club X	72
El comienzo	73
Los ensayos de "Luchy Millones"	74
La première de gala	75
Mi primer éxito	75
Mis primeras críticas	76

	Pág.
LUCHY MILLONES	79
Acto primero	87
Acto segundo	100
Acto tercero	112
Acto cuarto	122
EL TERCER CUENTO	141
Una posada rumbosa	143
Las piñatas y la rifa	144
Veinticinco representaciones de una tragedia en verso .	144
La revuelta	145
Gira artística a Acapulco	146
La venganza	147
Mi primera serie de televisión	147
El adaptador y la censura	148
Acerca de las actrices de T. V.	149
Los productores	149
Ensayos en Cuernavaca	150
El público se ofende	150
Las quinceañeras protestan	151
LOS QUINCE AÑOS DE LULÚ	153
Acto primero	161
Acto segundo	173
Acto tercero	183
Acto cuarto y último	200
ULTIMOS HECHOS	217
La despedida	219
Mi primer libro	219
Los nuevos valores geniales de nuestro arte escénico ..	220
Teatro en un acto	220
Las divas y los rebeldes	221
Mi primer fracaso	222
La carbonería	223
Las escaramuzas	223
El fin	224
La publicación	225

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DIA 5 DE JULIO DE 1963, EN LOS
TALLERES DE *UNION GRAFICA*, S. A.,
AV. DIVISION DEL NORTE, 1521, ME-
XICO, D. F. LA EDICION CONSTA DE
3,000 EJEMPLARES.

Ignacio
Cristóbal
Merino
Lanzilotti



México
1963

